

de la horrorosa tempestad que habíamos tenido los tres días anteriores, de la detención del curso del río Pánuco, y que las aguas del mismo río y las lluvias continuas, habían anegado todas las tierras en muchas leguas. «¿Por dónde ha sabido eso?» me preguntó el Brigadier. Porque lo he visto desde la azotea de mi alojamiento, que es la posición más culminante de la población.» «Desearía verla también,» me repuso. «Pues si quiere Vd. venir ahora mismo, lo verá. Póngase Vd. el capote y las botas, y vámonos.» Me siguió y subimos la cuesta alta que mira al camino de Altamira, y la última casa era la que ocupaba yo.

Subimos á la azotea, y como por un balcón miramos el gran panorama, y perfecto mar, ó un gran Lago. Le hice mirar el *Humo* y la presa que había formado el río, la inmensidad de árboles y tierra que arrastró el torrente de agua que había caído. Le hice ver el *Pueblo Viejo* donde tenía su cuartel general Santa Ana, que estaba todo anegado. Se quedó asombrado de aquella vista, porque él estaba alojado en la parte baja del pueblo, próximo al río y al sitio llamado del *Humo*. Me preguntó de «¿quién era aquella casa en que yo estaba?» y le dije que era de una familia inglesa, que se ausentó de la ciudad á nuestra aproximación á Tampico, dejando al cuidado del Indio José María y su familia; que me suplicaron á mi llegada á la población, que me alojase en ella para libertarla del saqueo, en cualquiera incidente ó alboroto que pudiera ocurrir, y que aquella familia aunque sin criados, me cuidarían. El capitán Oteiza y cuatro soldados formaban la guarnición de aquella casa. «El comandante Iturriza, le añadí, viene algunas veces á comer con nosotros.» Le pareció muy bien y nos bolvimos á la ciudad.

Pasaron tres días, y después de la tempestad vino el viento Sur, y este hizo que se desatracase la presa del caño que se había formado en el Río Pánuco y sitio del *Humo*. «Ahora viene lo peor, le dije á Barradas. Según me ha dicho el Indio José María, vendrá la peste como sucede de tarde en tarde en este país en las épocas de grandes lluvias, que no respetan á naturales ni extranjeros, y tendremos muchas y grandes calenturas y muchas defunciones.» Barradas se me quedó mirando, y pensativo por largo rato, de repente me dijo: «¿Qué nos va á caer mayor plaga que la que tenemos? A mal país hemos venido á hacer la guerra; no he pisado peor en mi vi-

da: aquí no hay habitantes, de comer, ni de donde nos venga. Mal clima, lloviendo sin cesar; si hace sol, nos abrasa, con una plaga de mosquitos que es el tormento del soldado, que no les dejan descansar. Vázquez me ha dicho que en la Barra los soldados duermen enterrados en la arena y tapada la cara con el pañuelo, para libertarse de las picaduras de los mosquitos zancudos, que con sus ahijones traspasan hasta los vestidos de paño. ¡Qué infernal país es este! Déjese V. ver por casa esta noche, que tenemos que hablar.» El se fué á su alojamiento y yo á la plaza.

En ella vi pocos soldados, y estos de color amarillento y de semblante entristecido. En la casa de Castilla encontré algunos oficiales muy abatidos. Ellos me hicieron el cuadro más triste de la tropa, diciéndome «que la mayor parte de los soldados estaban enfermos, durmiendo en el suelo, sin colchones y aun gergones, que no tomaban alimento alguno caliente, pasando algunos con unas malas sopas de ajo, puerros y otros erbajos, hechas con tocino ó aceite frito, y que aun estos renglones andaban muy escasos. Que ningún facultativo les visitaba por hallarse todos ellos igualmente enfermos, como era cierto.» Me retiré de la plaza con el corazón quebrantado de dolor, y fui á la batería de la Laguna del Carpintero á verme con el comandante Iturriza, á cuyo cargo corría su defensa.

Iturriza luego que me vió me preguntó: «¿Sabe Vd. lo que ocurre?» «Nada sé, y vengo de ver al Brigadier, y es espectáculo triste de la plaza, y he visto que todo el mundo va cayendo enfermo, y que no hay quien los asista.» «Pues amigo Aviraneta, me dijo Iturriza, voy á contar á Vd. lo que ocurre que es muy grave.

«Con la novedad que advirtió V. y advertí yo días pasados en la Laguna, y que de aquella parte pasaban á nuestro campo espías ú oficiales disfrazados para reconocer nuestro cuartel general, determinó el Brigadier que se observase la mayor vigilancia posible por esta parte de la Laguna y el bosque inmediato, y que al efecto cuatro zambos y un cabo de Costa firme, ya montados, saliesen al camino de Altamira y reconociesen todas las avenidas de la Laguna y el monte inmediato. En efecto, salieron de aquí dichos zambos hará un cuarto de hora, y al poco trecho de haber entrado en el monte, los mexicanos que estaban emboscados les hicieron fuego; dos zambos cayeron muertos en el acto, y los tres restantes vinieron

huyendo á este fuerte, y allá se los acabo de enviar al Brigadier y al Gefe del Estado Mayor para que les cuenten el suceso. Temo mucho que esta noche suframos un asalto. Nada se sabe del campo enemigo, no hay espia ninguno.» Le dije á Iturriza que el caso era grave y las circunstancias muy criticas, y que me volvía á ver al Brigadier.

Vi al Brigadier que estaba de muy mal humor con la relacion de los tres zambos, que se habian salvado de la sorpresa de la emboscada del enemigo. Segun la relacion que les hicieron, eran megicanos de infantería y habia mucha gente, por la griteria y la algaraza que metieron en el acto de ver caer de los caballos á los zambos. «¿Qué le parece á V. de todo esto?» me preguntó el Brigadier. «Que la cosa es más grave de lo que parece, á primera vista. Que el General enemigo Lagarza, con todas sus fuerzas, nos tiene cercados por la parte de Altamira y Laguna del Carpintero, y que parte de sus tropas deben estar cercando el fortin de la Barra. Que esta es alguna conbinacion entre Santa Ana y Lagarza para dar un asalto en una noche á nuestro cuartel general y el fuerte de la Barra, desembarcando todas las tropas que tiene Santa Ana en Pueblo Viejo, en el Humo ó más allá. El estado de la division no puede ser más fatal en este momento; casi todos los soldados están postrados, sin que podamos contar con quinientos hombres hábiles, para hacer un reconocimiento al otro lado de la Laguna del Carpintero. En tal estado, soy de opinion que se tomen las medidas siguientes:

«Avisar inmediatamente al coronel Vázquez la ocurrencia de los zambos al otro lado de la Laguna del Carpintero, y que se sospecha que la División enemiga de Lagarza tiene bloqueada á la poblacion de Tampico, y parte de su Division forme igual bloqueo al fortin de la Barra, y que esta sea una conbinacion entre los dos generales megicanos para dar un asalto en una noche al cuartel general y á la Barra. Recomendarle la mayor vigilancia, y que los soldados se mantengan reunidos en el fuerte sin dispersarse.

«Reforzar la guarnicion del fuerte de la Laguna del Carpintero, con el mayor número posible de soldados.

«En la poblacion de Tampico, guarnecer todas las azoteas con los soldados que se puedan contar capaces de tomar el fusil, distribuyendo en las mismas casas las municiones que se consideren necesarias para la defensa.

«Mediante á ser imposible destacar una columna para el reconocimiento del campo enemigo, se debe enviar á él un espia seguro, que á la vuelta nos informe lo que verdaderamente halla. Sobre este último punto me encargo yo.»

A Barradas y al Gefe de Estado Mayor le parecieron acertadas mis proposiciones, y en su consecuencia fueron adoptadas y ejecutadas. Me separé del Brigadier y tomé el camino de mi casa.

Llegado á ella, llamé á mi habitacion al Indio José María y le dije que tenia que ir á la parte de la Laguna del Carpintero, á explorar el campo enemigo del General Lagarza, cuyas tropas se habian acercado al fortin de la Laguna y se emboscaron en el campo inmediato á él, y fueron los que habian fusilado aquella tarde á los zambos, y que creiamos que formaban cerco á la poblacion y al fuerte de la Barra. «Estoy corriente en marchar, me dijo el Indio José María; siendo de noche, por la mitad del camino de la Barra, dejando á la izquierda el monte y la Laguna, y de alli marcharé á una legua de Tampico á un pueblecito de Indios donde yo nací, y tengo mis padres y mi familia, y donde puedo indagarlo todo.» Le entregué dos onzas para que se las llevase á sus padres, y al anochecer aparejó un burro, y se marchó con una noche muy oscura, quedando en volver á su casa al anochecer del día siguiente.

Volví á ver al Brigadier, y el Gefe del Estado Mayor me dijo «que estaban tomadas las medidas acordadas, y que un soldado habia salido para la Barra con el oficio para el coronel comandante, previniendo marchase por la orilla del río, y evitar que fuese sorprendido.»

Barradas me preguntó si habia despachado al Indio José María al campo enemigo, y le respondí «que debia salir ya de noche con su borrica, y que al día siguiente estaria de buelta.»

No faltó; á las nueve de la noche del día siguiente estubo de buelta José María, despues de haber dormido en casa de sus padres y pasado la mayor parte del día en su pueblo. En él encontró alojado un batallon perteneciente á la Division de Lagarza. De este batallon destacaron dos compañías al bosque de la Laguna del Carpintero, que fueron las que se emboscaron y mataron á los dos zambos y cogieron los caballos que montaban los muertos, y luego se retiraron al pueblecito de miedo que no salieran nuestras tropas de Tampico. Por

la parte de la Barra tenían de observación como unos cincuenta caballos de civicos del país, según le digeron amigos suyos que tenía en aquel batallón, que la mayor parte eran paisanos armados del país. Lagarza no se había movido de Altamira, y se decía que las tropas las tenían diseminadas en todos aquellos pueblos distantes, dos, tres y cuatro leguas. No sabían nada del estado lamentable de nuestra tropa. Al parecer no reinaba la mejor armonía entre Santana y Lagarza.

En el momento del regreso del Indio y después que me hubo informado de todo, le llevé á la presencia del Brigadier y le hizo relación exacta de todo. Le dió seis onzas y á mí me reintegró de dos que le había anticipado al Indio. Este se retiró á su casa.

Barradas me dijo: «Ahora estoy más tranquilo. Ese muchacho nos es de la mayor utilidad, y es preciso comunicar á Iturriza y Vázquez las noticias que ha traído el Indio José María para que se tranquilicen.»

El tiempo se había metido otra vez en aguas; la población y el campo y el piso estaba intransitable. Por momentos iban cayendo enfermos los pocos soldados que habían quedado sanos, y la mortandad era horrorosa. La humedad era tan grande, que nuestros vestidos estaban empapados como si se hubiesen mojado por la lluvia.

Iturriza y yo estábamos en mi alojamiento, y las Indias que estaban en la cocina oyeron trepidar ú oscilar un ruido sordo de descargas, y subieron á la habitación en que nos hallábamos y nos lo comunicaron llenas de miedo, creyendo ser un temblor de tierra, é inmediatamente subimos á la azotea donde se oía igualmente el eco indistintamente y por intervalos, como descarga de fusilería, y á poco el estruendo del cañón, y se veía la claridad de los fogonazos hacia la punta de la Barra: ya no nos quedó duda que el fortín de la Barra estaba atacado, y que el Coronel Vázquez y los suyos la defendían.

Inmediatamente bajamos de la azotea Iturriza y yo, y fuimos corriendo al fortín de la Laguna de Carpintero, que estaba á unos pasos, se vió Iturriza con su segundo y le dijo lo que pasaba, que ya sus soldados habían oído la misma oscilación, Iturriza encargó á su segundo la mayor vigilancia de aquel punto, y que cada soldado estuviese en su puesto, mientras él iba á verse con el Brigadier.

El cuartel general estaba en la casa de Castilla, y en ella

Barradas, el Gefe del Estado Mayor, el comandante Corbalán y creo que el coronel Salomón. Iturriza le dijo en dos palabras al Brigadier lo que había visto y oído desde la azotea de mi alojamiento, y él por su parte le dijo que «estaba alarmado por los avisos que le acababan de dar los oficiales de guardia que estaban con sus piquetes fuera de la población y en el camino de la Barra.»

Sería media noche, que era muy oscura y lluviosa, y determinamos subir á la azotea de la casa, en la que se oían con mucha claridad las descargas, particularmente el estruendo del cañón.

Bajamos á la sala y celebramos reunión. Barradas fué de opinión que se reuniese una columna de quinientos hombres, que al mando de Iturriza y Salas, acometiesen por la espalda al enemigo, acorralándolo entre el río, la punta de la Barra y la guarnición del fuerte. Esta convención era muy entendida y aun sabia, y el Gefe de Estado Mayor la apoyó, deseando con su bizarría, aniquilar al enemigo. Empero la gran dificultad consistía en reunir 500 hombres hábiles y en momentos tan angustiosos como aquellos. Iturriza fué de opinión que con semejante plan, se comprometía la seguridad del cuartel general, porque había que abandonar el fortín de la Laguna del Carpintero, la custodia del hospital, el principal y los piquetes del exterior del recinto de la Ciudad; que todos juntos no podían dar los 500 soldados capaces de marchar á la Barra y entrar en acción, y que tal vez el ataque de la Barra pudiera ser una estratagema del enemigo para que salieran las tropas del cuartel general en auxilio de la Barra, y por este medio Lagarza con sus tropas se apoderase de Tampico, desguarnecido, en el que estaban los muchos enfermos que teníamos, las municiones, el armamento y los caudales. Que era jugar el todo por el todo.» Barradas me preguntó á mí «¿qué opinaba?» Mi contestación fué en todo conforme con las observaciones del comandante Iturriza y (*sic*) de Corbalán, que remachó el clavo diciendo: «que hasta sería una inhumanidad abandonar al pie de ochocientos enfermos á la ferocidad del enemigo: que era preferible capitular.»

Estas observaciones hicieron fuerza en el ánimo de Barradas, y fueron graduadas de justas por Salas, y se desistió de la empresa de marchar en auxilio de la Barra.

El comandante Iturriza marchó á su puesto de la guarni-

cion del fortin de la Laguna del Carpintero, y á tener el mayor cuidado y vigilancia de aquel punto importante del cuartel general, del que dependia toda su seguridad.

El comandante Corbalan y Salas se encargaron de reunir aquella noche fatal, el mayor número posible de oficiales y soldados, y vigilar todas las avenidas del Humo, donde podia desembarcar el enemigo, y lo cumplieron con el mayor celo y lealtad.

Era la una de la mañana y continuaba el fuego con encarnizamiento. Barradas, varios oficiales, veinte guias y yo, fuimos á ocupar un Teso de donde se veian los fogonazos, y toda la noche permanecimos en él de observacion.

A las cuatro de la mañana se mitigó el fuego de la Barra, y el Brigadier mandó llamar á Salas é Iturriza, y en el Teso celebramos junta. Se acordó en ella reunir una columnita, que al mando de Salas y con la mayor precaucion y silencio fuese por la orilla del rio, hacia el fuerte de la Barra. Iturriza envió de la guarnicion del fortin que mandaba en la Laguna del Carpintero 50 hombres, y con otros 150 soldados que se reunieron, se formó una columna de 200 hombres, bajo el mando del Gefe del Estado Mayor D. Fulgencio Salas, que iba resuelto á atacar al enemigo, cualquiera que fuese su fuerza.

Esta columna salió de Tampico á las cinco de la mañana, bien municionada, y mandadas las compañías por bizarros oficiales.

A ruego do Salas, le acompañé en la espedicion. A medida que abanzábamos con toda precaucion, se iba mitigando el fuego, porque el enemigo tenia mucha gente de observación á la orilla opuesta del rio, y con su plan de señales avisaba á los atacantes nuestra marcha. Cuando llegamos á dos tiros de fusil, se retiraron del monte desde donde hacian fuego al fuerte, y se marcharon á la orilla del rio á embarcarse en sus piraguas.

Llegamos por fin al fuerte por encima de cadáveres megicanos, que habia diezmado el fusil y el cañon de los valientes defensores del fuerte de la Barra, en seis horas de continuado fuego.

Habia frente de la estacada como unos 150 cadáveres megicanos y 40 moribundos, que no tubieron tiempo de trasportarlos en sus canoas y piraguas á la orilla opuesta. En ella vimos desde el fuerte su hospital de sangre, debajo de tien-

das de campaña y á espaldas del edificio de la Aduana, que quemaron á nuestra llegada á la Barra, mes y medio antes. La opinion comun era que habian tenido de pérdida quinientos ó seiscientos hombres. La nuestra no pasó de 20 hombres. El bizarro coronel Vázquez recibió una herida bastante grave en un brazo. El coronel Tamariz, que mandó la columna de ataque de los megicanos, fué herido mortalmente, le vi morir un cuarto de hora despues de la accion, al pie de la estacada del fortin. Le habia conocido de capitán en Alvarado y Veracruz, y aunque yorkino en ideas, era de muy bellos sentimientos.

Los mexicanos atacantes del fuerte, se condugeron con mucho valor. Vi al rédedor de la estacada primera llena de cadáveres, y algunos soldados megicanos murieron en el recinto de la segunda empalizada.

En el bosque inmediato se encontraron algunos muertos y heridos; á estos se les curó por los cirujanos del regimiento de la Corona, y se permitió fueran conducidos á la orilla del rio y embarcados en sus piraguas y canoas, para ser trasportados á su hospital de sangre.

Pasé á verme con el coronel Vázquez, el comandante Velarra, y el capitán Gaston, de artilleria, que estaban dentro del fuerte. Vázquez estaba acostado sobre un costal de paja, al pie de un cañon, envuelto en su capa y hecha la primera cura. Aunque pálido, estaba de genio alegre, y me dijo: «han llevado una buena leccion esos perros.»

A Velarra y Gaston los encontré buenos, á pesar de haber sufrido toda la refriega. Gaston me preguntó que de «¿dónde habiamos sacado aquellos cartuchos de metralla para los cañones de á 12?» Le constesté que habian sido confeccionados en Tampico por nuestros artilleros, bajo la direccion del capitán práctico del arma, y el modelo, de unos pocos cartuchos que se habian encontrado en una caja de Alemania, traída de aquel pais al mismo tiempo que los cañones del mismo calibre que hallamos montados en la bateria de la punta de la Barra, al tiempo [que llegamos allí. Nos sirvieron de metralla una porcion de cabezas de clavos grandes de fierro, que estragimos de unos de los almacenes de ferreteria del comerciante español, el Sr. Lastra; y del Estanco de la Hacienda Nacional se sacaron una porcion de sacos de bolines y unas cuantas arrobas de pólvora fina inglesa, y que el estanquero con su precipitada fuga dejó con cuanto tenia en su casa, metidos en

un cuarto de un traspatio de su casa. Esta era una miserable casuca, y el Indio José María me la descubrió quince días antes del ataque de la Barra, sabiendo por mí que me hacía falta pólvora á granel y plomo. Todo esto y una porcion de resmas de papel y cajones de cigarros de la fábrica de Cordova, los tenia guardados el estanquero en el cuarto del traspatio, en un cuarto muy oscuro, en cuya puerta y entrada habian puesto una porcion de ladrillo, tejas, tablas viejas y barriles inserviles. Confeccionados en pocos dias doce cajones de cartuchos, se los envié á la Barra á mi amigo Gaston, porque me dijo que tenia muy pocas municiones para las piezas, y consulté el proyecto de confeccionarlos con el Brigadier, con Salas y el capitán práctico de artillería. Luego que le hube explicado estos pormenores, me repuso Gaston: «No extraño ahora que nuestros tiros causasen tanto daño al enemigo. Los tiros se desparramaban en forma de abanico en cuanto salian del cañon, como si fuesen descargas cerradas de un batallon en todo el semicírculo del fortin, que daba frente al enemigo. Son muchos los estragos que ha hecho la artillería á boca de jarro y en masas de hombres que acudian medio ebrios con sus griterías y alaridos, sirviéndonos de mira en la puntería hasta embestir la primera empalizada, queriéndola arrancar á brazo y con sogas que llevaban. La mitad de su gente la han ocupado en recoger y transportar los heridos y moribundos á las márgenes del rio, para embarcarlos y transportarlos al otro lado, en cuyo arenal formaron su hospital de sangre, al que debieron llevar por lo menos de 800 á 900 soldados heridos. Las tropas que nos han atacado no bajaban de cuatro mil hombres.»

El frente de la Barra, consistía en un círculo perfecto de 400 varas de circunferencia. Construido á la ligera y de prisa, amontonando arena sobre arena hasta la elevacion de unas ocho varas, entrelazada la arena de ramaje, troncos de árboles y de guijo y piedras del rio Pánuco, sompisado todo con mortero de madera, que pudiera soportar el peso de los dos cañones de á doce.

Regresé de la Barra en compañía del comandante Salas, Gefe del Estado Mayor, y éste refirió al Brigadier todos los pormenores del ataque de aquella noche, y que el coronel Vázquez estaba herido, aunque no de gravedad. Yo le dije que la guarnicion se habia portado brillantemente. «No era

de esperar otra cosa, respondió Barradas: su mayor parte está compuesta de soldados gallegos, de cuatro años de servicio, y escogidos por mí, uno por uno, en los cuérpos de la Habana, y con excelentes notas de servicio.» Aquel dia comimos en mi casa Iturriza, Salas, el P. Bringas y yo.

El Indio José María nos sirvió á la mesa, y nos dijo: «Vamos á tener de nuevo muchas lluvias, y muy pronto va á llover á cántaros.» «¿De donde infieres tú eso, cuando hace un sol tan hermoso, y que calienta que es un consuelo, le pregunté yo?» «Por lo mismo que el sol calienta mas que de ordinario, y que los sapos de la Laguna cantan tanto, es señal infalible de grades lluvias.» Los Sapos de aquella Laguna de Carpinteros, son una especie de sapos grandes de Europa, ó ranas de la dimension de un galápago que anda saltando; es animal anfibio, de un cantar ó grito sumamente tétrico, lúgubre y fuerte, particularmente de noche; y cuando anuncian agua, son insoportables sus gritos.

Despues de comer nos retiramos á la plaza y alojamiento del Brigadier, que habia citado á Junta, en la que acordó siguiesen los medios de vigilancia y precaucion adoptados en todos los puntos de la poblacion.

Le conté á Barradas lo que nos habia pronosticado el Indio José María, sobre las muchas lluvias que iban á caer dentro de un corto término. Se hechó á reir del pronóstico del Indio y del barómetro de los Sapos.

Como no habiamos dormido las dos noches anteriores, nos despedimos del Brigadier; Iturriza y yo nos encaminamos al fortin de la Laguna, y despues que el comandante observó la mucha vigilancia que habia, y dadas nuevas órdenes á su segundo, nos fuimos Iturriza y yo á mi posada. El cenó y yo tomé una gran taza de leche caliente con maíz, (el atole de los Indios); me desnudé y metí en la cama, resguardado del mosquitero. En el instante quedé dormido, y á pesar de los grandes truenos y lo mucho que llovió y llovía, dormí sin despertarme hasta las siete que me vestí. El P. Bringas luego que me vió, me dijo; «Qué tal lo acertó el Indio anoche, asegurando que nos lloveria pronto y mucho; y lleva aire de no dejarlo en muchos dias, segun estan cargadas las nubes, y lo mucho que cantan los Sapos.»

Las calles se habian puesto intransitables, y habia refrescado el tiempo. Iturriza y yo determinamos no salir de casa,

porque llovía á torrentes. En un pequeño claro, aquel comandante se decidió á ir al fortin, que estaba á cuatro pasos, á visitar á su guarnicion, montado en la mulita de casa, y á la media hora volvió, desconsolado porque algunos de sus soldados habian enfermado.

Por de pronto no teniamos ya que temer que el enemigo nos atacase, porque los campos y caminos se habian convertido en balsas y lagunas, de manera que ningun ser humano podia transitar, sin riesgo de sepultarse en el fango hasta las rodillas. Tomamos el medio de escribir una esquila al Brigadier, aconsejándole que la gente de las azoteas se mantuviesen quietas en las casas que ocupaban y que la columna del Humo, en lugar de acampar se metieran al abrigo de las primeras casas, como así lo habian ya verificado desde la tarde anterior, por no poderse mantener en descampado. Se le decia además á Barradas; «que si seguía indispuerto y no tenia que comer buenos alimentos, se viniese á nuestro alojamiento, donde lo pasaria lo menos mal posible. Que podia atravesar las calles á caballo.» Se despachó al Indio con la carta.

Llovía sin cesar y no tuvimos más remedio que aguantar con paciencia encerrados en casa, esperando que el cielo se apiadase de nosotros y calmase la tempestad.

Las harinas que había traído la balandra, que estaba en la Barra, perteneciente á la casa de Zangroniz y compañía, de la Habana, se iban concluyendo y era de temerse que entrase el hambre.

El P. Bringas, Yturiza, Oteiza y yo, tratamos seriamente de esta cuestion y esperamos con impaciencia la buelta del Indio José María, que había marchado á la casa de Barradas.

A la hora estubo de vuelta, y nos trajo la desconsoladora noticia que muchos de los soldados que hasta entonces habían resistido á la enfermedad, cahian enfermos, por la gran humedad y faltos de buen alimento, y que seguía la mortalidad en el hospital y las casas. El Jefe de Estado Mayor, en la carta que le escribía á Yturiza, se lamentaba del estado angustioso en que estaba la tropa, y que el Brigadier estaba echado en cama y lleno de tristeza.

Estando presente el Indio José María, le manifestó el P. Bringas nuestros temores de que faltase el pan al soldado, y

le preguntó que si en caso apurado, había en aquellas inmediaciones pueblos, donde pudieramos hallar subsistencias. Nos contestó el Indio que había pueblos de indios á dos ó tres leguas, pero pobres, que sólo se mantenian de tortillas de maiz. Que pan de trigo no habia hasta Altamira. Que la tropa podia alimentarse de tortas de maiz, y que reunidos en un almacen todas las existencias de Tampico, se podian allegar hasta unas cinco mil fanegas, porque en muchas casas de comerciantes habia troges de maiz, destinadas á venderlas en el mercado. Igualmente tenian almacenados dichos traficantes muchas arrobas de tasajo de Buenos Aires y otras tierras para espenderlo á los indios y rancheros, que acudian á aquel mercado. Que sólo en la casa en que viviamos habia en los almacenes al pie de 250 fanegas de maiz y 50 tercios de tasajo; y que los demás comercios, como la casa de Castilla y otras más ricas, tenian mucho mas. Que en todas las casas pobres, cuyos habitantes estaban ausentes, habia piedras para moler maiz, y que los soldados en pocas horas, podian aprender de sus mujeres á molerlo, y confeccionar las tortillas, y el modo de asarlas en las cocinas. Que de este modo se podia asegurar, el mantenimiento de la tropa por lo menos durante mas de dos meses.

FIN DE LAS MEMORIAS